

MOTHERHOOD AND ASSISTANCE: RELIGIOUS FORMATION OF SONS AND DAUGHTERS OF SALESIAN COOPERATORS (BUENOS AIRES, 1900-1930)

LUCÍA BRACAMONTE

ORCID.ORG/0000-0003-0198-9239

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Universidad Nacional del Sur

luciab@criba.edu.ar

Abstract: *This paper focuses in the experience of mothers that have leader roles in salesian cooperative commissions between 1900 and 1930. The objective is to analyze, based on journalist, administrative and letter sources, how they combine the maternity and the beneficence in the education and religious socialization of their children. It searches adding complexity to the characterization of the women interventions in the catholic movement, paying attention to the relations between the domestic and public spheres. Their participation as cooperators was intertwined with the family and home dimension of the religious education adding a public dimension to it. That imprint of the salesian cooperation about the motherhood rol was incremented when the commissions generated formal spaces oriented to children and youngs of their familiar and friendship relations in the decade of 1920.*

KEYWORDS: WOMEN; SALESIAN; CHILDHOOD; YOUTH; RELIGION

RECEPTION: 08/03/2022

ACCEPTANCE: 28/06/2022

MATERNIDAD Y ASISTENCIA: FORMACIÓN RELIGIOSA DE HIJOS E HIJAS DE COOPERADORAS SALESIANAS (BUENOS AIRES, 1900-1930)

LUCÍA BRACAMONTE

ORCID.ORG/0000-0003-0198-9239

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Universidad Nacional del Sur

luciab@criba.edu.ar

Resumen: Este artículo focaliza la experiencia de madres que ocuparon roles dirigentes en comisiones de cooperadoras salesianas entre 1900 y 1930. El objetivo es analizar cómo intersectaron la maternidad y la beneficencia en la formación y socialización religiosa de sus hijos e hijas, mediante fuentes periodísticas, administrativas y epistolares. Se busca aportar a complejizar las caracterizaciones de las intervenciones femeninas en el movimiento católico, atendiendo a las relaciones entre lo doméstico y lo público. Su actuación como cooperadoras se imbricó con la dimensión familiar y hogareña de la educación religiosa y le añadió dimensiones públicas. Esa impronta de la cooperación salesiana sobre rol materno se acrecentó cuando las comisiones generaron espacios formalizados destinados a niños, niñas y jóvenes de sus círculos de parentesco y amistad en la década de 1920.

PALABRAS CLAVE: MUJERES; SALESIANOS; NIÑEZ; JUVENTUD; RELIGIÓN

RECEPCIÓN: 08/03/2022

ACEPTACIÓN: 28/06/2022

INTRODUCCIÓN

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del XX la Argentina se insertó en el mercado mundial asumiendo el rol de país exportador de alimentos y materias primas e importador de productos manufacturados, capitales y mano de obra. Paralelamente, se conformó una elite nacional que gozó de poder económico, político y social, a la vez que adoptó un estilo de vida sofisticado. De acuerdo con las construcciones de clase y género dominantes en la época, las mujeres que integraban esa franja social debían asumir ciertas funciones entre las cuales la maternidad y la beneficencia ocupaban lugares de preferencia. En esa época se produjo un notable desarrollo de las organizaciones de laicas católicas en toda Iberoamérica, lo cual permitía a las mujeres de las clases altas y medias actuar en la esfera pública pese a las restricciones formales que pesaban sobre su ciudadanía. De esa manera, asistieron, protegieron y controlaron a los sectores desposeídos; construyeron espacios de sociabilidad religiosa e incidieron sobre políticas sociales.¹

En ese contexto, cooperadoras salesianas de la Capital Federal criaron a sus hijos e hijas y atendieron a la niñez desvalida lo cual, siguiendo los dictados de Don Bosco, era uno de los propósitos principales de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos. Esta entidad fue aprobada por el Papado con carácter de orden tercera, aunque no solo tenía propósitos piadosos para lograr la perfección cristiana como las antiguas órdenes, sino que era principalmente de vida activa, de apostolado. Podían integrarla religiosos y seglares de ambos sexos mayores de dieciséis años, que tuvieran buena reputación civil y religiosa, a título individual o formando parte de instituciones, juntas o comisiones. Quienes se inscribían debían recibir el nombramiento del rector



¹ Para otros países véase, por ejemplo: Silvia Marina Arrom, *Voluntarios por una causa. Género, fe y caridad en México desde la Reforma hasta la Revolución* (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2017); Yolanda Eraso (comp.), *Mujeres y asistencia social en Latinoamérica, siglos XIX y XX. Argentina, Colombia, México, Perú y Uruguay* (Córdoba: Alción Editora, 2009).

mayor y guiarse por el reglamento sancionado por Don Bosco en 1876. En este marco, se creó en la Capital Federal en 1900 la Comisión Central de Señoras Cooperadoras Salesianas Argentinas y en 1920 se formó la subcomisión Misiones de la Patagonia, que se autonomizó de la primera en 1926. Ambas eran dirigidas por un sacerdote, que a su vez era inspector, y estaban compuestas por presidentas, secretaria, tesorera, vicepresidentas, prosecretarías, y vocales. De manera similar a otras asociaciones caritativas y filantrópicas, sus integrantes realizaban tareas para financiar y publicitar las obras de los religiosos y las Hijas de María Auxiliadora y, además, actuaban como intermediarias para el ingreso de alumnos pobres en colegios salesianos.

Este artículo focaliza la experiencia de algunas madres que ocuparon puestos dirigentes en comisiones durante los tres decenios iniciales del siglo xx, con la pretensión de estudiar cómo intersectaron esos roles en la formación y socialización religiosa de sus descendientes. Partiendo de las preocupaciones por la denominada *cuestión social* a fines del novecientos,² en el marco de un catolicismo social heterogéneo que se modernizaba se fue registrando progresivamente un aumento de la militancia, en especial una mayor movilización femenina, infantil y juvenil en la década de 1920.³ Como marca Miranda Lida, “Los años veinte suelen ser vistos como una perfecta antesala de la década de 1930 en lo que respecta al catolicismo argentino, como si eso bastara para dar cuenta de su intenso activismo; así se pierden de vista su especificidad, sus características singulares, incluso originales”.⁴ Este análisis particular puede aportar a complejizar las caracterizaciones de las intervenciones femeninas en el movimiento católico en esa etapa, atendiendo a las imbricaciones entre lo doméstico y lo público en el caso de algunas benefactoras.



² Sobre la cuestión social véase Juan Suriano (comp.), *La cuestión social en Argentina 1870-1943* (Buenos Aires: La Colmena, 2000); Eduardo A. Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916* (Buenos Aires: Universidad de San Andrés/Editorial Sudamericana, 1995).

³ Algunos autores caracterizaron al período que se extendió entre 1880 y 1930 como de letargo institucional de la Iglesia Argentina y al proceso posterior como de “renacimiento católico”, mientras que otros estudios matizaron esa visión rupturista y constataron que la misma continuó teniendo presencia en la esfera pública y afectando la vida tanto de varones como mujeres. Véase Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo xx* (Buenos Aires: Grijalbo/Mondadori, 2000); Miranda Lida, *Historia del catolicismo en la Argentina: entre el siglo xix y el xx* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2015), y Fortunato Mallimaci, *El mito de la Argentina laica. Catolicismo, política y Estado* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2015).

⁴ Lida, “Historia”, 215.

Las formas en que las mujeres enroladas en asociaciones benéficas combinaron sus roles asistenciales con los maternos han sido poco indagadas, a diferencia de las dimensiones asistenciales en torno a los *menores*, que han recibido mayor atención historiográfica.⁵ Cuantiosas publicaciones muestran que se adjudicó a la maternidad una faceta social que implicaba la extensión hacia niños ajenos de cualidades de cuidado consideradas naturales e inherentes a la femineidad.⁶ Además, numerosos estudios han analizado los procesos de maternalización, mostrando que la maternidad fue construida como parte de la esencia femenina durante el proceso de modernización estatal, en particular desde los saberes médicos y jurídicos que moldearon las normativas y las políticas públicas. Además, evidenciaron que la maternidad fue enaltecida en diferentes ámbitos, incluso antagónicos, que iban desde los sectores más conservadores hasta los feminismos que resaltaban su importancia social y política para luchar por la extensión de los derechos de las mujeres. Otros abordajes pusieron de relieve fenómenos que en los hechos contradijeron ese mandato, como el infanticidio, el aborto, la anticoncepción y el abandono de infantes.⁷ También se han estudiado las prescripciones católicas, de acuerdo



- ⁵ Véase Yolanda de Paz Trueba, *Mujeres y esfera pública. La campaña bonaerense entre 1880 y 1910* (Rosario: Prohistoria, 2010); Cynthia Folquer, "Política y religiosidad en las mujeres de Tucumán (Argentina) a fines del siglo XIX", en *La articulación del Estado en América Latina. La construcción social, económica, política y simbólica de la Nación, siglos XIX-XX*, edición de Pilar García Jordán (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2013), 77-106; Donna J. Guy, *Las mujeres y la construcción del Estado de Bienestar. Caridad y creación de derechos en Argentina* (Buenos Aires: Prometeo, 2011), y Cecilia Tossounian, "Las asociaciones femeninas y la emergencia de un Estado social: la protección a la maternidad y a la infancia (Buenos Aires 1920-1940)", *Estudios Sociales del Estado*, vol. II, núm. 1 (2015): 58-93.
- ⁶ Si bien no es nuestra intención adentrarnos en la experiencia vivida por la infancia, tenemos en cuenta que paralelamente al proceso de construcción de la "madre", se registró el de individualización del "niño" y su diferenciación del "menor". De acuerdo con ideas circulantes en ámbitos judiciales, pedagógicos, políticos, periodísticos, médicos y benéficos, entre otros, los "niños" eran quienes circulaban en los espacios de la familia, la escuela o incluso el trabajo, mientras que los "menores" eran aquellos que transitaban circuitos compuestos por la calle y las instituciones que pretendían asilarlos para protegerlos y reformarlos. Para un estado de la cuestión ver Lucia Lionetti, Isabella Cosse y María Carolina Zapiola (comps.), *La historia de las infancias en América Latina* (Tandil: Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales-Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2018).
- ⁷ Una revisión historiográfica puede consultarse en Sol Calandria, "Maternidades en cuestión: modelos idílicos y prácticas de las madres en Argentina 1892-1936", *Trabajos y Comunicaciones*, núm. 41 (2015): 1-14. Véase también: Julieta Di Corleto, "Maternidad y justicia penal. Prácticas de abandono, aborto e infanticidio en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX-principios del siglo XX)", en *Intervenciones feministas para la igualdad y la justicia*, compilación de Diana Maffía, Patricia Gómez, Aluminé Moreno y Celeste Moretti (Buenos Aires: Jusbaire, 2020), 251-278.

con las cuales inculcar valores religiosos formaba parte ineludible de la misión maternal.⁸

Considerando que el catolicismo contribuyó a conformar los modelos de feminidad de la época, por lo cual tuvo suma relevancia en la construcción identitaria de numerosas mujeres, nos situamos también en la senda de aquellas investigaciones que destacaron la capacidad que tuvieron algunas de ellas para recodificar los recursos ofrecidos por las tradiciones religiosas,⁹ pero sin descuidar su adecuación a las normas de género dominantes y su aporte a su elaboración. Adherimos también a los señalamientos acerca del problema de la conexión entre la feminización de la religión y la diferencia sexual, a partir de la cual se generaron una serie de atribuciones de feminidad y masculinidad entre las cuales se destacó la relación supuestamente más estrecha de las mujeres con la religión y la espiritualidad. Como señala Raúl Mínguez Blasco, esta vinculación en apariencia natural fue una construcción discursiva, ya que ni los hombres fueron tan racionales y anticlericales ni la religión tan feminizada y privatizada como apuntaron algunos teóricos de la secularización. Sin embargo, sí es cierto que la religiosidad doméstica y la caridad fueron dos esferas en las que la feminización se verificó en mayor grado, conviviendo con un clero masculino y con áreas masculinizadas en ámbitos relacionados con la movilización social y política en defensa del cristianismo como la prensa y los partidos políticos.¹⁰

Teniendo en cuenta todos esos aportes historiográficos, este trabajo, situado en la línea de la historia de las mujeres, se orienta a reconstruir los planteos y las acciones de las cooperadoras en relación a su rol maternal de formación religiosa, lo cual requiere entrecruzar información fragmentaria y dispersa. La producción discursiva contenida en el *Boletín Salesiano* permite vislumbrar el contexto de nociones de tipo prescriptivo, mientras que la documentación administrativa ofrece acceso a las características de los emprendimientos y la



⁸ En relación con las damas de la élite véase Leandro Losada, "La educación de la clase alta argentina. Vida doméstica e instituciones", en *Formación de las élites. Investigaciones y debates en Argentina, Brasil y Francia*, compilación de Sandra Ziegler y Victoria Gessaghi (Buenos Aires: Manantial, 2012), 27-44.

⁹ Inmaculada Blasco Herranz, "Identidad en movimiento: la acción de las 'católicas' en España (1856-1913)", *Historia y Política*, núm. 37 (2017): 27-56.

¹⁰ Raúl Mínguez Blasco, "¿Dios cambió de sexo? El debate internacional sobre la feminización de la religión y algunas reflexiones para la España decimonónica", *Historia Contemporánea*, núm. 51 (2015): 397-426.

correspondencia facilita el atisbo de los propósitos subyacentes de los mismos, la recepción que tuvieron entre los religiosos y su conexión con los papeles domésticos de las cooperadoras. Si bien a lo largo del trabajo se mencionará con nombre propio a dieciséis cooperadoras, de ocho de las cuales se cuenta con epístolas, su actuación se analizará en el marco de un universo más amplio de relaciones que incluía a otras cooperadoras que participaban en las comisiones, religiosos, niños, niñas y jóvenes. Las cartas de las dirigentes, que tienen un propósito pragmático comunicativo y se insertan en un género de escritura muy reglado, han comenzado a utilizarse recientemente como fuentes.¹¹ Estas tienen el valor de que permiten acceder, aunque de manera parcial y tomando muchos recaudos metodológicos, a ciertas dimensiones de la subjetividad, pues su contenido, si bien se enmarcaba en procesos de tipo administrativo, oscilaba entre lo privado, lo doméstico y lo público.

Entendiendo que la adscripción de género, cruzada con la de clase, generaba un discurso prevaleciente que circunscribía los roles de estas mujeres a la casa, la reproducción y la sociabilidad de élite, partimos de la idea de que las protagonistas de estos casos no contradecían abiertamente sino que acataban esas definiciones sexuales y las expectativas de comportamiento que conllevaban y que, además, contribuían a su construcción conceptualizando la maternidad desde la lógica de la entrega propia de la domesticidad.¹² Sin embargo, sostenemos que su actuación como cooperadoras incidió de diversas maneras en la educación religiosa de sus descendientes, imbricándose con su dimensión familiar y hogareña y añadiéndole dimensiones públicas que, por lo tanto, matizaban el ideal de maternidad conectado con la crianza doméstica. Afirmamos, además, que la impronta de la cooperación salesiana sobre rol materno se acrecentó cuando las comisiones generaron espacios formalizados



¹¹ Véase, por ejemplo, Lucía Bracamonte, "Cooperación salesiana en el sur bonaerense y la Patagonia: la perspectiva de Isabel Casares de Nevaes en la década de 1920", *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, año xx, núm. 20 (2020): 51-79; "Celia Lapalma de Emery: experiencia en la cooperación salesiana. Argentina, 1906-1929", *Estudios Feministas*, vol. xxix, núm. 2 (2021): 1-15.

¹² De acuerdo con Soledad Murillo, si bien esa lógica estructura lo doméstico, trasciende la concepción de hogar y responsabilidades relativas a la familia para traducirse en una disposición y un comportamiento que tienden a otorgar atención y responder a las necesidades y demandas de cuidado de los demás de manera continua. Soledad Murillo, *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio* (Madrid: Siglo XXI Editores, 2006).

destinados a niños, niñas y jóvenes de los círculos de parentesco y amistad de sus integrantes en la década de 1920.

DAMAS, MADRES Y COOPERADORAS SALESIANAS

Las cooperadoras salesianas de la Capital Federal a las que haremos alusión pertenecían a una élite nacional que, como señala Leandro Losada, alcanzó su máximo esplendor entre 1880 y la primera posguerra.¹³ De acuerdo con la caracterización realizada por este autor, ese sector estaba integrado por tres tipos de familias: algunas de raíces coloniales, otras fundadas por extranjeros que habían ascendido socialmente y las restantes provenientes del interior del país. En esa época se produjo una renovación de su forma de vida motivada por la necesidad de establecer criterios de distinción y respetabilidad. Por lo tanto, la educación de quienes integraban la niñez y la juventud de esa franja social procuró sofisticar las conductas y crear una identidad compartida. La formación católica ocupaba un lugar significativo, tanto por el peso de la tradición como por las relaciones establecidas entre sus miembros e integrantes de la jerarquía eclesiástica y por el reconocimiento de su aporte a la moderación de las conductas de los varones y el mantenimiento de la moral sexual de las mujeres.¹⁴

Para la Iglesia Católica, la primera esfera de enseñanza religiosa era la familia, en la cual las mujeres desempeñaban funciones específicas. El catolicismo



¹³ Si bien el análisis del perfil social de las cooperadoras salesianas laicas es un punto a profundizar en trabajos futuros, es preciso indicar que además de las dirigentes estudiadas en esta oportunidad, había mujeres de otros puntos del país que formaban parte de comisiones vinculadas a las elites regionales o locales, y que tanto en la Capital Federal como en pueblos y ciudades de provincias y territorios nacionales existían cooperadoras inscriptas a título individual pertenecientes a sectores medios e incluso trabajadores.

¹⁴ Como señaló Miranda Lida, existían relaciones profundas, complejas y estrechas entre la Iglesia Católica y los terratenientes, lo cual no era una simple cuestión de piedad y caridad femenina, ya que varones y mujeres de importantes familias hacían gran cantidad de cosas por la Iglesia y se vinculaban con ella en infinidad de sentidos posibles. Miranda Lida, "Los terratenientes pampeanos y la Iglesia católica, 1880-1920", *Cuadernos del Sur. Historia*, núm. 34 (2005): 125-149. Véase también Losada, "La educación" y Dora Barrancos, "Sentidos, sentimientos y sensibilidades (1880-1930)", *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, año VI, núm. 15 (2014): 27-39.

contribuyó a la elaboración de un modelo familiarista que ensalzaba los roles de esposa y madre, ejercidos a partir del sacramento del matrimonio que consagraba la pareja heterosexual y monógama como indisoluble. El papel femenino se estructuraba en el marco de un pensamiento binario que dividía a los seres humanos de acuerdo con su composición biológica, naturalizando esencias que, según se creía, habían sido fijadas por Dios. Además, se afirmaba que las diferencias entre los sexos no implicaban una jerarquía, sino que instauraban una complementariedad. Coincidiendo con nociones extendidas, se concebía a la familia como célula de la sociedad en la cual el varón, que tenía la función de proveedor material y la mujer, asociada con el rol doméstico, recibían a su descendencia bajo un esquema en el que el binomio madre-hijo adquiría centralidad. La función materna involucraba, en primer término, una dimensión física ligada a las funciones de gestar, parir y amamantar y, en segundo lugar, la crianza, que comprendía tanto el cuidado del cuerpo como del espíritu.¹⁵

La difusión de ese modelo de familia se realizaba a través de distintas herramientas, como el sermón, la confesión, el catecismo, la educación confesional, los libros y el periodismo. Los salesianos, que consideraban fundamental la defensa de la “buena prensa”, sostuvieron diferentes publicaciones entre las cuales se encontraba el *Boletín Salesiano*, revista mensual ilustrada que había aparecido en 1877 con la finalidad de unir a los cooperadores y de difundir la palabra del rector mayor y las actividades de los religiosos y las Hijas de María Auxiliadora en los distintos países. Si bien no constituía un aspecto central de su contenido, en este órgano se incluían referencias al ejercicio de la maternidad en general y al rol de las madres en la formación religiosa en particular, destinadas a la audiencia de cooperadoras que lo recibían.¹⁶

En los artículos se oscilaba entre señalar los “dulces gozos” de la maternidad y hacer referencia a los sacrificios que implicaba. Entendida como una obligación femenina y conceptualizada en términos de “misión”, se enfatizaba



¹⁵ Algunos lineamientos sobre las cualidades naturales femeninas y los papeles domésticos y maternos aparecen en las encíclicas *Rerum Novarum* (1891), *Divini Illius Magistri* (1929) y *Casti Connubii* (1930).

¹⁶ Por ejemplo, en un artículo se expresaba el deseo de ayudarlas a “...cumplir dignamente la sublime misión de madre”. “A las madres”, *Boletín Salesiano*, año xvi, núm. 12 (1911): 326. El *Boletín Salesiano*, que era de distribución gratuita y se editaba en varios idiomas, tenía en 1930 una tirada de más de 400.000 ejemplares. En las cartas se mencionaba que las cooperadoras lo recibían y leían asiduamente y también se remarcaba la importancia de su lectura en el *Programa* y el *Reglamento* redactados en Buenos Aires para guiar la acción de la Comisión Central.

que conllevaba una gran responsabilidad para aquellas que la ejercían, que debían “mantenerse fieles” y “no desfallecer” ante las grandes exigencias que se les planteaban.¹⁷ En lo referido específicamente a la formación religiosa existían fuertes prescripciones, ya que los padres y las madres eran sindicados como los primeros y “naturales sacerdotes”, a quienes los hijos e hijas debían sumisión y obediencia. Al respecto, se insistía en la importancia de que la familia llevara una “vida de fe práctica” en la cual los progenitores operaran como modelos cristianos.¹⁸

Colaborando en las construcciones discursivas de la época en torno a la feminización de la religión, se introducía una diferencia de género al diagnosticar que muchos padres se alejaban del cumplimiento de sus obligaciones religiosas o se aproximaban al laicismo. De manera contundente, se afirmaba que “...*el padre, aunque debe ayudar, no se puede contar absolutamente con él*”.¹⁹ En consecuencia, el escenario de despliegue de la formación católica era el hogar, con la madre como la “*catequista natural e insustituible*”, y el periodo de mayor importancia para ello la primera infancia.²⁰ Se señalaba que en la etapa juvenil era factible que las hijas emularan a las madres pero existía la posibilidad de que los hijos se alejaran de las prácticas confesionales. Por lo tanto, era necesario que los niños se convencieran desde la primera edad de que la religión no era un “...*negocio solamente de las mujeres...*”.²¹ Si bien los redactores aclaraban que sus recomendaciones no se aplicaban a las cooperadoras activas que vivían de acuerdo al espíritu de Don Bosco y eran capaces de asumir la responsabilidad que los Pontífices les encomendaban, las alertaban acerca de un contexto social en el que ganaba terreno el “ateísmo casero”, remedo del “ateísmo oficial”, lo cual acentuaba la necesidad de conferir contundencia a la formación cristiana doméstica.



¹⁷ “A las madres cristianas”, *Boletín Salesiano*, año XXI, núm. 10 (1900): 259-260; “El Cooperador Salesiano debe ser otro Don Bosco”, *Boletín Salesiano*, año XL, núm. 11 (1925): 333; “Dios en la familia”, *Boletín Salesiano*, año XX, núm. 3 (1905): 36-37; “La cooperación salesiana”, *Boletín Salesiano*, año XXXII, núm. 4 (1917): 81.

¹⁸ “A las madres cristianas”, *Boletín Salesiano*, año XXI, núm. 10 (1900): 260.

¹⁹ “A las madres”, *Boletín Salesiano*, año XVI, núm. 12 (1911): 326.

²⁰ “A las madres”, *Boletín Salesiano*, año XVI, núm. 12 (1911): 326. Véase también: “El niño impío”, *Boletín Salesiano*, año XXVI, núm. 4 (1911): 88.

²¹ “La mayor de las ciencias”, *Boletín Salesiano*, año XX, núm. 12 (1905): 308. Véase también: “La familia laica”, *Boletín Salesiano*, año XXXVII, núm. 7 (1913): 175.

La circunstancia de la muerte de cooperadoras era propicia para destacar a quienes, a juicio de los salesianos, encarnaban esos modelos ideales. Por ejemplo, al fallecer Ernestina Bullrich de Mosquera, presidenta de la Comisión Central entre 1920 y 1922, se publicó un obituario que explicita cualidades que coincidían con lo que se predicaba con respecto a los roles femeninos: *“La piedad cristiana, la modestia y sencillez evangélicas, el cuidado de su hogar, la educación cristiana de sus hijos y con esto la dedicación generosa y constante en fomentar las iniciativas de la obra de Don Bosco en favor del niño pobre, fueron las preocupaciones de esta caritativa dama. . . ”*.²² Este orden de prioridades se asemeja al expuesto por las cooperadoras en las epístolas, en las cuales encontramos referencias a la fe individual, la educación religiosa de los hijos y el ejercicio de los cargos. Este último se ubicaba siempre discursivamente en un lugar secundario con respecto a la maternidad, definida por Celia Lapalma de Emery, quien fuera tesorera de la Comisión entre 1906 y 1926, como un “deber”.²³

Además de tratar asuntos relativos a las comisiones, las cooperadoras daban cuenta en sus escritos del desarrollo de su función maternal. Mostraban a los religiosos que esta se desplegaba de manera inescindible de la identidad y la vida femenina, tanto en sus viviendas capitalinas como en Mar del Plata o en estancias enclavadas en la provincia de Buenos Aires durante la temporada veraniega y durante los viajes a Europa. Según entendían, incluía el cuidado de la salud de sus hijos, hijas e hijastros/as, su educación y la organización de eventos que marcaban hitos en sus vidas como presentaciones a sociedad y enlaces. Su ejercicio no se limitaba a la niñez y la juventud, ya que podían cohabitar con las familias de sus hijos e hijas adulto/as. Debido a esta configuración de familia extensa, no era extraño que las cooperadoras hicieran referencia también a sus papeles como abuelas o incluso como tías, mediante los cuales extendían sus funciones de cuidado y educación cristiana.²⁴



²² “Doña Ernestina Bullrich de Mosquera”, *Boletín Salesiano*, año xxxvii, núm.12 (1922): 269. Fue integrante de la Comisión Central al menos desde 1906, año en el que revistaba como tesorera.

²³ Carta de Celia Lapalma de Emery a José M. Vespignani, Buenos Aires, 12 de noviembre de 1906, en Archivo Central Salesiano de Buenos Aires (ACS). De los casos analizados, era la única que desempeñaban funciones laborales. Fue docente e inspectora del trabajo de las mujeres y los niños en organismos oficiales.

²⁴ Si bien contaban con personas empleadas para el servicio doméstico y con niñeras, estas no aparecen mencionadas en las cartas.

De esos escritos se desprende que la vida cotidiana de sus núcleos familiares, de la cual se colocaban a la cabeza, se imbricaba de dos maneras con sus roles de cooperadoras. En primer lugar, gestionaban desde el espacio-tiempo hogareño y familiar muchos asuntos que tenían que ver con obligaciones y prestaciones de carácter público-asistencial. El mantenimiento de la comunicación epistolar, la realización de reuniones, entrevistas o llamados telefónicos y la confección de actas, balances, memorias y documentos oficiales eran algunas de las actividades que debían articular con las responsabilidades del hogar. Las cooperadoras manifestaban que los cargos de autoridad insumían mayor tiempo que otros, generando dificultades para compatibilizarlos con las obligaciones familiares en general y maternas en particular. Problemas análogos eran proyectados a las situaciones de algunas compañeras cuando se barajaban sus posibles sucesoras, lo cual revela que, si bien no se planteaban como estructurales, no eran de índole individual.²⁵

En segundo lugar, en las cartas abundaban las referencias a distintos aspectos de la religiosidad familiar que estas dirigentes organizaban en conexión con sacerdotes salesianos y que excedían cuestiones específicas de las comisiones. Una faceta importante era la de las prácticas religiosas en sus capillas, en especial durante las temporadas estivales, que se aprecia por ejemplo en las cartas de Enriqueta Alais de Vivot, presidenta de la Comisión entre 1900 y 1919, quien le solicitaba al inspector José María Vespignani que enviara sacerdotes que se alojaran en su estancia.²⁶ “*Yo no puedo hacer venir a cualesquiera*”,²⁷ le confesaba, añadiendo que debía cuidar que las personas que la rodeaban mantuvieran la fe. Este aspecto evidencia un esmero por generar contactos personales y lazos de afinidad entre los salesianos y sus familias. A



²⁵ Cartas de Enriqueta Alais de Vivot a José M. Vespignani, El Retiro, 19 de abril de 1914, en ACS y Mercedes Gómez Pombo de Lacroze a Luis Pedemonte, 28 de mayo de 1921 e Isabel Casares de Nevares a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 19 de septiembre de 1921 y 7 de agosto de 1923, en Archivo Salesiano Patagónico de Bahía Blanca (ASP); Carta de Ernestina Bullrich de Mosquera a Tomás Ussher, Mar del Plata, 10 de diciembre de 1921, en ACS.

²⁶ Cartas de Enriqueta Alais de Vivot a José M. Vespignani, El Retiro, 20 de enero de 1903, 7 de enero de 1904, 14 de febrero de 1916; Buenos Aires, 6 de octubre de 1915, en ACS. Véanse también las Cartas de Dolores Anchorena de Elortondo a José María Vespignani, Mar del Plata, 17 de febrero de 1905; Buenos Aires, 20 de junio de 1911, en ACS. Lida explica que esas capillas contribuyeron a construir una imagen del estanciero pampeano doblemente virtuoso, atento tanto a la modernización rural y al adelanto “material” como al progreso “espiritual” de la vida en la campaña. Lida, “Los terratenientes”.

²⁷ Carta de Enriqueta Alais de Vivot a José M. Vespignani, El Retiro, 16 de febrero de 1918, en ACS.

los religiosos, eso les permitía cultivar sus lazos con las élites, que constituían una importante fuente de recursos materiales pero también un reservorio de influencias políticas que podían volcar a su favor, por ejemplo, para gestionar subsidios, exenciones impositivas, becas, etc.

Mostrando también intenciones de generar vínculos de reciprocidad, las dirigentes fomentaban que sus hijos realizaran dibujos para los sacerdotes, que les enviaran sus cariños y que oraran por ellos, generando hábitos que introducían aspectos vinculados con la obra salesiana en la vida cotidiana de los chicos y chicas de la familia. Como puede leerse en las siguientes palabras escritas por Mercedes Gómez Pombo de Lacroze al inspector Luis Pedemonte: *...al regresar anoche a casa tuve la nota triste de su cartita a Teófilo, la que al leerlas en rueda a los chicos los conmovió tanto que antes de dormir todos querían los hicieran rezar pidiendo a nuestro Señor la mejoría del Padre Pedemonte...*²⁸ También Isabel Casares de Nevares, presidenta de la Subcomisión Misiones de la Patagonia, describía de la siguiente manera el momento de la oración nocturna: *“Religiosamente rezan todas las noches un Padrenuestro por niños que deban pasar examen en Bahía Blanca”*.²⁹ Además, solían encomendar a sus hijos adultos y nueras la atención de aquellos clérigos que se alojaban en sus estancias e incluso les daban indicaciones de efectuar donaciones a la obra de Don Bosco.³⁰

También era usual que estas madres informaran en sus cartas sobre los aprendizajes religiosos de los hijos e hijas, destacando las prácticas piadosas y la recepción de sacramentos que ellas se esforzaban por fomentar. El momento de la muerte era oportuno para resaltar los resultados de la formación religiosa, como se observa en el relato que hacía Gómez Pombo, perteneciente a la subcomisión mencionada, sobre el deceso de su hija Elena: *“En medio de lo inesperada y espantosa de nuestra desgracia nos ha quedado el consuelo de verla irse como una verdadera cristiana, pues ella misma pidió confesarse lo que hizo en pleno conoci-*



²⁸ Carta de Mercedes Gómez Pombo de Lacroze a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 21 de julio de 1923, en ASP.

²⁹ Carta de Isabel Casares de Nevares a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 14 de mayo de 1921, en asp. Véase también: Cartas de Isabel Casares de Nevares a Luis Pedemonte, París, s.f.; Hurlingham, 21 de enero, 9 de marzo, 23 de marzo, 14 de mayo, 27 de octubre, 29 de octubre, 26 de noviembre de 1921, 15 de diciembre de 1922, 22 de julio de 1923, en ASP.

³⁰ Estos aspectos pueden observarse en las siguientes cartas, entre otras: Cartas de Enriqueta Alais de Vivot a José M. Vespignani, El Retiro, 17 de marzo de 1916, 25 de octubre de 1917, 24 de marzo de 1929; Carta de Sara Moreno de Gowland a Reverendo Padre, Buenos Aires, 27 de septiembre de 1922, en ACS. Esta última cooperadora ejerció funciones de prosecretaría en la Comisión Central.

miento".³¹ No faltaban las solicitudes de consejos para guiarlos espiritualmente además de los pedidos de consuelo ante acontecimientos de ribetes dolorosos.³²

Comentarios sobre los aprendizajes escolares de sus descendientes en el país o incluso en el exterior también eran frecuentes en las misivas de estas madres, algunas de las cuales, como Alais y Lapalma, manifestaban preocuparse por su educación secundaria y universitaria. Uno de los hijos de la segunda se educó en colegios de la congregación, lo cual a su juicio resultó provechoso en términos de transmisión de conocimientos, educación cristiana y adquisición de pautas de disciplina.³³ Según han señalado distintos autores, en las primeras décadas del siglo xx los varones de las clases altas pudieron acceder a títulos universitarios y se liberaron del mandato de consagrarse a la vida religiosa.³⁴ Sin embargo, este interés no excluyó la posibilidad de que abrazaran el sacerdocio, como lo haría posteriormente Jaime de Nevaes, hijo de Casares, ingresando al noviciado salesiano en Fortín Mercedes. Por su parte, las jóvenes de la época pudieron disponer de mayores estímulos para educarse y refinarse, especialmente mediante la educación artística y el aprendizaje de idiomas, aunque en general su escolarización no se extendió sobre niveles superiores al primario ya que su destino eran la carrera matrimonial y la sociabilidad de élite. No obstante, la consagración religiosa también se presentaba como opción para algunas de ellas, como lo sería para una hija de esa misma cooperadora.

Como se desprende de lo expuesto hasta aquí, en un contexto de prescripciones católicas acerca de su rol maternal, estas cooperadoras manifestaban aceptarlo y priorizarlo como algo indisociable de la esencia femenina y asumir como parte del mismo su función de transmisoras de la religión. Desde una lógica de la entrega, que implicaba dedicarse al otro por encima del propio interés, mostraban esfuerzo por cumplir las expectativas depositadas en ellas



³¹ Carta de Mercedes Gómez Pombo de Lacroze a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 28 de mayo de 1921, en asp. Para otro caso, por ejemplo, véase: Carta de Enriqueta Alais de Vivot a José M. Vespignani, El Retiro, 19 de abril de 1914, en ACS.

³² Cartas de Sara Moreno de Gowland a José M. Vespignani, Buenos Aires, 7 de agosto, 25 de noviembre, 28 de diciembre de 1923, 10 de enero de 1924; a Reverendo Padre, 27 de septiembre de 1922, a Valentin Bonetti, Buenos Aires, 6 de septiembre de 1922; Carta de Enriqueta Alais de Vivot a José M. Vespignani, El Retiro, 17 de marzo de 1916, 21 de abril de 1918, Buenos Aires, 12 mayo 1918, en ACS.

³³ Cartas de Celia Lapalma de Emery a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 24 de julio de 1921, 28 de octubre de 1924, en ASP.

³⁴ Barrancos, "Sentidos" y Losada, "La educación".

y generar condiciones en la vida cotidiana que propiciaran la formación religiosa de sus descendientes. Presentaban la educación cristiana como su responsabilidad y denotaban el carácter directo de su acción sobre sus hijos e hijas. Esto se verificaba tanto en relación con los varones como con las niñas, aunque con las diferencias que imponían las normas de género y las nociones contemporáneas sobre la feminización de la religión. Estas asociaban tanto a las madres como a las hijas con un mayor apego a las prácticas católicas, algo que los salesianos llamaban a revertir desde el inicio de la formación religiosa.

Como otras *damas* de sus círculos sociales, las cooperadoras sumaban a esos aspectos relativos a la crianza una participación en una entidad católica con fines benéficos, pero su carácter de dirigentes le añadía ribetes específicos. Otros estudios mostraron que ejercer esos cargos les permitía obtener prestigio y notoriedad en el espacio público de una manera aprobada socialmente; realizar aportes a la congregación, a la Iglesia y el Estado en un sistema de asistencia en el cual se imbricaban intervenciones públicas y privadas; ejercer poder y autoridad.³⁵ A todo ello se sumaba, como expusimos aquí, la posibilidad de obtener beneficios familiares, ya que representaba una herramienta para el sostenimiento de las redes de sociabilidad de la élite nacional.

Sin embargo, de acuerdo con sus propios discursos, esos roles resultaban difíciles de compatibilizar con la maternidad y se imbricaban con ella de diversas maneras. Pese a las tensiones para articularlos, el hecho de que ambos papeles se entrecruzaran permite vislumbrar que la participación en la cooperación salesiana también les reportaba beneficios en lo atinente a la formación religiosa de sus hijos e hijas, ya que les permitió obtener soporte para el rol maternal. No solo abrevaban en lineamientos prescriptivos para diseñar ese rol, contenidos por ejemplo en el *Boletín Salesiano*, sino que este se efectivizaba al menos parcialmente a partir de sus relaciones con los sacerdotes. Producto de vínculos directos con los inspectores que eran directores de las comisiones y de una integración a la sociabilidad propia de las elites que las mismas benefactoras fomentaban, estos les proporcionaban, excediendo sus funciones como directores de las comisiones, guía, asistencia y consuelo



³⁵ Lucía Bracamonte, "La organización normativa de la Comisión Central de Señoras Cooperadoras Salesianas: género y sociabilidad. Argentina, 1900-1926", *Historia Questões & Debates*, vol. LXV, núm. 1 (2017): 145-173; "Cooperación salesiana", y "Celia Lapalma de Emery".

espiritual en su vida personal y familiar. Este apoyo se verificó también en los planes de las cooperadoras para generar espacios formales de participación colectiva dirigidos a niños, niñas y jóvenes de sus círculos parentales y amistosos que, como veremos, conjugaban el ejercicio de la piedad y la devoción con el apostolado.

ESPACIOS DE PARTICIPACIÓN PARA NIÑOS, NIÑAS Y JÓVENES EN LA COOPERACIÓN SALESIANA

Además de generar las condiciones para la iniciación y el desarrollo de la vida religiosa en el seno familiar, en conexión con los salesianos, estas cooperadoras fomentaron la incorporación de sus hijas mayores de 16 años en la Pía Unión de Cooperadores Salesianos. Así, durante todo el periodo analizado varias de ellas se enrolaron en las comisiones y tanto las propias cooperadoras como los sacerdotes relacionaban su inserción con el ejemplo materno.³⁶ En cuanto a los varones, sus grupos no alcanzaron la consolidación de los de mujeres. Como señalaba Vespignani en una de sus epístolas: “*En el Congreso de Coopes (sic) creímos haber establecido dos Comisiones, una de Caballeros y otra de Señoras: la primera se fundió completamente, y solo la citamos como cosa de museo! ya no existe o mejor nació muerta!*”³⁷. Eso no quita que muchos fueran donantes o colaboradores activos a título individual y que existieran excepciones, como la de Alberto Vivot, hijo de Alais, quien en la década del veinte se colocó al frente de la Junta de Cooperadores de la Patagonia con la intención de generar acciones colectivas.³⁸



³⁶ Por ejemplo, el rector mayor escribía lo siguiente desde Turín a una de las cooperadoras: “A Ud., digna e ilustre vice Presidenta, cuya caridad y amor se equiparan con las que poseía su grande mamá, me es orgulloso saludarla en particular modo y mientras le aseguro que el nombre de su respetable familia está escrito en el libro de oro de la gratitud salesiana...”. Carta de Felipe Rinaldi a Susana Casal de Vivot, Torino, 11 de julio de 1922, en ASP.

³⁷ Carta de José M. Vespignani a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 8 de diciembre 1921, en ASP. El primero actuaba como inspector en la Inspectoría de San Francisco de Sales, que abarcaba la parte norte del país y el territorio de La Pampa. El segundo era inspector en la Inspectoría San Francisco Javier, que tenía jurisdicción sobre el sur de la provincia de Buenos Aires y los territorios nacionales de Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego.

³⁸ Carta de Alberto Vivot a Luis Pedemonte, s.l., s.f., en ASP.

Además de fomentar el compromiso de adultos, adultas y jóvenes que habían alcanzado la edad requerida para ingresar en la Pía Unión, en continuidad con procesos iniciados en 1900, el tercer decenio del siglo fue fructífero en nuevas actividades que convocaron a la niñez y la juventud, lo cual se enmarcaba en procesos más generales de la militancia católica que veía surgir iniciativas novedosas, como por ejemplo el noelismo.³⁹ En el contexto de la posguerra, marcado por un inusitado protagonismo de chicas que desafiaban las rigideces de los roles tradicionales evidenciado en el rótulo “mujer moderna”,⁴⁰ así como del crecimiento y visibilidad de nuevos y viejos pobres que era menester socorrer, se volvía imperativo ofrecer a las católicas espacios renovados y adecuados para ocupar el tiempo libre y participar en la esfera asistencial.

En cuanto a los salesianos, es importante mencionar una forma de cooperación puesta en marcha por las Damas Cooperadoras Salesianas de Córdoba en la década de 1920, analizada por Ignacio. D. Moretti que, si bien no generaba un espacio formalizado como las iniciativas que analizaremos, estaba destinada a recolectar aportes de niños y niñas de clase acomodada para los niños huérfanos educados en el colegio Pío IX.⁴¹ En la Argentina, como en otros países, los salesianos se orientaron hacia la educación de integrantes de diferentes capas sociales, ya que proveyeron servicios para las elites y las clases medias a la par que ofrecieron asilo y formación moral, religiosa y laboral a huérfanos y abandonados. Además, crearon espacios de socialización infantil y juvenil que comprendían oratorios festivos, batallones de exploradores, bandas de música, grupos de ex alumnos, etc.⁴² Las cooperadoras salesianas



³⁹ Miranda Lida, “Dios no creó a la mujer para bibelot. Revistas católicas-femeninas de la década de 1920: el caso de Noel”, en *Estudios de historia religiosa argentina* (siglos XIX y XX), edición de Ana María T. Rodríguez (Rosario: Prohistoria, 2013), 147-170. También existieron otras experiencias de movilización de tinte moralizante y filantrópico como las asociaciones escolares y los comités Billiken. Véase Paula Bontempo, “Los niños de Billiken. Las infancias en Buenos Aires en las primeras décadas de siglo XX”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año XII, núm. 12 (2012): 205-221.

⁴⁰ Diego Mauro, “La ‘mujer católica’ y la sociedad de masas en la Argentina de entreguerras. Catolicismo social, consumo e industria cultural en la ciudad de Rosario (1915-1940)”, *Hispania Sacra*, vol. LXVI, núm. 133 (2014): 235-262 y Lida, “Historia”, 104-105.

⁴¹ Nicolás D. Moretti, *Buenos cristianos y honrados ciudadanos. La obra salesiana y la cuestión social. Córdoba, 1905-1930* (Córdoba: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” 2014), 56-57.

⁴² Sobre la expansión institucional de los religiosos salesianos y las Hijas de María Auxiliadora existe una profusa

de la Capital Federal secundaron estos proyectos a través de actividades recaudatorias y propagandísticas pero también procuraron ofrecer tres espacios para el ejercicio de la piedad y la beneficencia a niños, niñas y jóvenes de sus propias familias y de sus redes de parentesco o amistad: el Apostolado de la Inocencia, el Taller de las Misiones Salesianas de la Patagonia y la Comisión Auxiliar de Pequeñas Cooperadoras.

El Apostolado de la Inocencia fue creado en diciembre de 1922 por iniciativa de Casares, presidenta de la Subcomisión Misiones de la Patagonia, quien solicitó la aprobación de la Comisión Central para su puesta en marcha.⁴³ El propósito de ese emprendimiento era que quienes se inscribieran ofrecieran mensualmente oraciones, misas, comuniones y sacrificios por las necesidades de las misiones, en especial por las vocaciones eclesiásticas. Como señalaba su creadora: “*Por las ofrendas de esos pequeños apóstoles se espera recibir mucho fruto*”.⁴⁴

Ese tipo de iniciativas, tendientes a obtener beneficios espirituales y temporales a través de plegarias y buenas obras, también se verificó en otros lugares de misión. Desde 1908 existió el Apostolado de la Inocencia en Italia, promovido por el misionero Juan Fergnani y orientado hacia la conversión de las personas no creyentes de China. El proyecto, que se inició en el Oratorio San Francisco de Sales de Turín, echó raíces en las casas de las Hijas de María Auxiliadora, pero no se extendió mayormente a las de los religiosos.⁴⁵ En el *Boletín Salesiano* se hacía referencia a estas actividades y se exhortaba a emularlas en los demás países.⁴⁶ Se proponía para la niñez de distintas clases sociales asistente a colegios u oratorios, cuyos integrantes se convertirían en “misionaritos” capaces de convertir a los paganos y beneficiar los trabajos de quienes evangelizaban en zonas remotas, tomando parte activa en su obra

producción historiográfica. Véanse, entre otros trabajos recientes: Alejandra Landaburu, *Niñez, juventud y educación. El proyecto salesiano en Tucumán. 1916-1931* (Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2012); Moretti, “*Buenos cristianos*”; Cielo Zaidenweg, *Amar la patria. Las escuelas del territorio rionegrino y la obra argentinizadora en el Sur* (Rosario: Prohistoria, 2016); María Andrea Nicoletti, *Patagonia: misiones, poder y territorio (1879-1930)* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2020).

⁴³ Carta de Isabel Casares de Nevares a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 24 de noviembre de 1922, en ASP.

⁴⁴ Junta Cooperadora de Señoras. Misiones Salesianas de la Patagonia, Breve Informe, 1924, p. 10, en ASP.

⁴⁵ Roy Anthony Parackal, *Visión de las misiones salesianas: 1923-1927* (Madrid: Misiones Salesianas, 2011), 114.

⁴⁶ “A los niños”, *Boletín Salesiano*, año xxx, núm. 374 (1915): 74; “A los niños”, *Boletín Salesiano*, año xxxiii, núm. 1 (1918): 19.

desde el lugar en el que se encontraran. Además, se esperaba que se suscitaran entre ellos futuras vocaciones eclesíásticas y cooperadores/as.

En cuanto a la organización formal del Apostolado de Buenos Aires, a diferencia de otras experiencias análogas estuvo dirigido solo a niños y niñas de las clases altas. Como indica Moretti con respecto al proyecto cordobés de las alcancías, estos emprendimientos deben entenderse como un mecanismo de reproducción social mediante el cual preparaban a los futuros cooperadores que tendrían a su cargo la responsabilidad de continuar la obra benéfica de sus padres, inculcándoles desde pequeños la caridad inspirada en la religión.⁴⁷ Su promotora propuso ponerlo bajo la dirección de una integrante de la subcomisión, que inicialmente fue María del Carmen Victorica. Como parte de sus funciones, esta confeccionaría a partir de los registros de cada niño o niña una nómina de sus sacrificios, privaciones, limosnas, jaculatorias, misas, comuniones, etc. Casares planificó, además, la asistencia una misa anual en la capilla de María Auxiliadora, en la que ofrecerían a la Virgen un ramo de flores que representaría sus distintos sacrificios y ofrecimientos y durante la cual comulgarían quienes estuvieran en condiciones de hacerlo.

El primer paso para la implementación del Apostolado fue la realización de una reunión de niños en la casa de Casares, quien se propuso ilustrarlos con sus “pobres medios”.⁴⁸ En esa ocasión, su disertación incluyó la exhibición de un mapa con las casas salesianas marcadas con banderitas y la narración de anécdotas sobre los padecimientos de los hijos de Don Bosco y las religiosas de María Auxiliadora. Como producto de la primera reunión, a la que asistieron 18 niños y niñas, se obtuvieron 30 inscripciones para participar activamente. Resumiendo su accionar, Casares indicó en sus cartas: “*Traté de interesarlos. María Auxiliadora hará el resto.*”⁴⁹ y comunicó que había elaborado y repartido entre quienes asistieron unas “hojitas” con la explicación de los fines de la iniciativa. Para el futuro, proyectaba dejar en manos del inspector de esa zona la realización de una “plática” similar, con una frecuencia anual. En esta línea, se esforzó por involucrar a los religiosos en la actividad, solicitándoles



⁴⁷ Moretti, *Buenos cristianos*, 56-57.

⁴⁸ Carta de Isabel Casares de Nevares a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 24 de noviembre de 1922, en ASP.

⁴⁹ Carta de Isabel Casares de Nevares a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 9 de diciembre de 1922, en ASP.

repetidas veces que alentaran a quienes integraban el Apostolado y mostrándose complacida cuando lo lograba.⁵⁰

En sus cartas, Casares incluía comentarios relativos a las acciones de sus hijos e hijas en el marco del Apostolado. Por ejemplo, en 1924 le transmitía a Pedemonte que se encontraban “...*muy bien y muy constantes en sus ofrecimientos para el apostolado de la Inocencia*” y agregaba que “*Ana que es muy poco aficionada a los postres se sirve ahora cada platazo y repite, no le he preguntado pero aseguraría que es sacrificio*”.⁵¹ De acuerdo con este relato, la niña se esforzaba por ingerir alimentos que no le agradaban, a modo de ofrecimiento a Dios de acuerdo al compromiso que había contraído. Si bien es difícil acceder a las perspectivas de los niños y las niñas involucrados, en estas referencias se percibe la recepción favorable de algunos de ellos hacia los proyectos de sus madres que, si bien debe leerse en un contexto de selecciones epistolares estratégicas orientadas a lograr el éxito de su propuesta, no por ello es desdeñable.

En suma, la inserción de los hijos e hijas de las cooperadoras en el Apostolado contribuía a reforzar la formación religiosa que realizaban en el seno familiar y se imbricaba con ella, pues giraba en torno a valores comunes como la importancia de la piedad y las prácticas religiosas (oración, asistencia a misa, comunión, etc.) Sin embargo, también habilitaba nuevas dimensiones de socialización formal de signo religioso con pares, ya fuera a través de reuniones en las propias casas o en menor medida de celebraciones en templos salesianos. El propósito de este emprendimiento se anudaba con la importancia adjudicada a la misión salesiana en la zona del sur bonaerense y la Patagonia. Reducir el desconocimiento sobre la obra realizada allí por religiosos y religiosas a través conferencias ilustrativas e instrumentar acciones piadosas que les resultaran beneficiosas favoreció el apoyo sacerdotal y entroncó con los objetivos específicos de ese agrupamiento de cooperadoras.

A diferencia del Apostolado, el Taller de las Misiones Salesianas de la Patagonia, creado en 1924, estaba destinado solamente a niñas y jóvenes de 6 a 16 años y se dedicaba a la confección de piezas de vestimenta para los huérfanos internados en establecimientos sureños. La percepción de la costura como



⁵⁰ Cartas de Isabel Casares de Nevares a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 29 de diciembre de 1922, 25 de noviembre de 1923, en ASP.

⁵¹ Carta de Isabel Casares de Nevares a Luis Pedemonte, Hurlingham, 15 de febrero de 1924, en ASP.

actividad apropiada para las mujeres benefactoras también se evidencia en la organización paralela de un taller de adultas, dirigido por Blanca Gruslin, cuyo propósito era elaborar ornamentos y ropas para iglesias y capillas de las misiones.⁵² En los boletines se recomendaba a las cooperadoras que emprendieran actividades de este tenor tendientes a equipar a las iglesias y a los pobres asistidos por los religiosos y las religiosas, transmitiendo tanto pedidos de los rectores mayores como directrices de la Pía Unión y de los congresos internacionales de cooperadores.⁵³

El taller destinado a las niñas y jóvenes funcionó inicialmente a cargo de María Elena Mihanovich y a partir de 1927 de Ana María Zorraquín. Las reuniones se llevaban a cabo en las casas de las cooperadoras y las asistentes terminaban las piezas en sus propios hogares. Se inició con 18 participantes, la mayoría de las cuales eran hijas de las integrantes de la comisión y cuyo “entusiasmo”, según se consignaba en las rendiciones de cuentas, nunca decayó. Como prueba de ello se consignaba que su producción se incrementaba sin cesar: en 1924 habían elaborado 250 piezas, en 1927 388 y en 1929 1315.⁵⁴

En sus cartas, Casares destacaba la importancia que esta actividad tenía para los religiosos diseminados por el sur bonaerense y los territorios sureños. Por ejemplo, en una de ellas le comentaba a otra cooperadora que había recibido un telegrama desde Fortín Mercedes enviado por Pedemonte en el cual le mencionaba que los “peregrinos” rogaban tanto por las damas de la subcomisión como por las “niñas del taller”.⁵⁵

Cabe agregar que el desenvolvimiento del taller implicaba la generación de otras actividades conexas, más específicamente, eventos para recaudar fondos destinados a la compra de géneros y lanas. En ellos también se involucraba a niños, niñas y jóvenes, ya fuera como parte del público o también como artistas. Por ejemplo, en 1924 se organizó un festival infantil en el Teatro Odeón



⁵² Junta Cooperadora de Señoras. Misiones Salesianas de la Patagonia, Breve Informe, 1924, 9; Misiones Salesianas de la Patagonia, Informe, 1929, 5-6; Misiones Salesianas de la Patagonia, Informe, 1913, 5, en ASP.

⁵³ “Circular del P. (sic) Trione a las Sras. Sic Cooperadoras americanas”, *Boletín Salesiano*, año XL, núm. 6 (1925): 188; “A las Celadoras y Cooperadoras Salesianas”, *Boletín Salesiano*, año XLII, núm. 5 (1927): 137.

⁵⁴ Junta Cooperadora de Señoras. Misiones Salesianas de la Patagonia, Breve Informe, 1924, 4-6; Misiones Salesianas de la Patagonia, Breve Informe, 1927, 5; Misiones Salesianas de la Patagonia, Informe, 1929, 5-6, en ASP.

⁵⁵ Carta de Isabel Casares de Navares a María Delia Malbrán de Vedoya, s. l., s.f., en ASP. Esta última fue presidenta de la Comisión Central entre 1922 y 1926.

y luego un beneficio de cuadros vivos, recitación, piano y danzas morales en el que solo intervinieron quienes integraban el taller. Dando cuenta de la interrelación entre la vida familiar y la beneficencia, este tipo de actividades también podía tener como escenario las residencias de las cooperadoras.⁵⁶

Este emprendimiento avanzaba desde la piedad y las buenas obras propias del Apostolado hacia un ejercicio colectivo de la caridad hacia los asistidos, aunque sin contacto directo con ellos. Del mismo modo que la iniciativa anterior, implicaba una imbricación con la vida cotidiana de las asistentes y de las organizadoras por los espacios en los cuales se desenvolvía. Asimismo, ofrecía a las jovencitas esferas adicionales y aprobadas de sociabilidad, organizando eventos análogos a los de otras asociaciones benéficas, que formaban parte de una sociabilidad de elite que tendía a generar espacios de signo religioso pero también de esparcimiento.⁵⁷ Finalmente, cabe señalar que conjugaba sus intereses con los de la subcomisión lo cual, unido al desarrollo de actividades consideradas propias de la esencia y el deber femenino como las de costura, le garantizó el apoyo de los religiosos que la supervisaban.

Finalmente, la tercera de las iniciativas mencionadas partió de la Comisión Central, de la cual la subcomisión que auxiliaba a los emprendimientos sureños ya se había autonomizado. En 1927, dicho agrupamiento decidió constituir una nueva comisión auxiliar que se denominaría “Pequeñas Cooperadoras de Don Bosco”, destinada a niñas de 12 a 16 años. Se contemplaba como sus posibles integrantes tanto a las hijas de las *damas* que pertenecían a las comisiones como de aquellas otras señoras de sus círculos sociales que simpatizaran con la Pía Unión. En la fundamentación de su diseño se indicaba:

Era natural que no se dejara perder el tesoro de entusiasmos, de buena voluntad y de generosidad de tantas buenas niñas que por su edad, no pudiendo actuar como socias efectivas de la Pía Unión y habiendo oído hablar tantas veces en sus hogares a las personas mayores de las necesidades urgentes de la niñez abandonada, desean



⁵⁶ Junta Cooperadora de Señoras. Misiones Salesianas de la Patagonia, Breve Informe, 1924, 9; Cartas de Isabel Casares de Nevares a Luis Pedemonte, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1922, 23 de octubre de 1924, en ASP.

⁵⁷ Al respecto de la sociabilidad de las jóvenes de la élite véase Losada, “La educación”.

*también cooperar en la medida de sus fuerzas en la regeneración de la sociedad por la educación cristiana de tantos pobres niños”.*⁵⁸

Si bien no tenemos registro hasta el momento de otros emprendimientos similares, es claro que este se inspiraba en los mecanismos colectivos de participación para mujeres mayores de 16 años pautados en la normativa de la Pía Unión. Esta indicaba que podían formarse subgrupos para tareas específicas, lo cual había dado lugar a la creación de una Comisión Auxiliar de Fiestas a principios del siglo xx y a una proliferación de grupos análogos a partir de 1920: la subcomisión dedicada al sur bonaerense y la Patagonia, la Comisión Auxiliar de Señoritas (integrada por mujeres mayores de esa edad pero solteras), la Sección de Ayuda Social, la Subcomisión de Fomento y Deportes, la Comisión de Actos Religiosos y la Comisión Auxiliar de Mar del Plata. Arraigaba, además, en el pensamiento de los religiosos con respecto a cómo debía organizarse la acción colectiva femenina. En el reglamento que diseñó para la Comisión Central en 1926, Vespignani manifestaba que era necesario guiar las actividades colectivas de las mujeres y no dejarlas a su propio arbitrio, debido a que su naturaleza pasional podía generar conflictos o imprudencias. Expresamente, la creación se justificó en la demanda de una joven que había solicitado una dispensa de edad para poder gozar de los favores y privilegios espirituales concedidos a las personas mayores inscriptas en la Pía Unión. En esta alusión se cuela nuevamente un deseo de una destinataria, el de emular a las cooperadoras adultas, si bien mediado por otras voces.

La iniciativa partió de Laura Esteves, Presidenta *ad hoc* de la Comisión, quien recabó el acuerdo del inspector y confeccionó una lista de madres de niñas que tenían la edad prevista. Para constituir el nuevo grupo, en conjunto con el inspector Jorge Serié imprimió y envió una circular pidiendo a determinadas damas que inscribieran a sus hijas y enviaran los nombres de aquellas niñas de sus parientes o amigos que quisieran, como se consignaba, *“alistarse en esta nueva falange de almas generosas que entrarán a actuar desde este mes en ese torneo de caridad, iniciándose ya desde sus primeros años en el ejercicio del celo, de las virtudes cristianas y del apostolado, según la mente del Venerable*



⁵⁸ Nota de Jorge Serié y Laura Esteves, Buenos Aires, 16 de diciembre de 1927, en ACS.

Don Bosco".⁵⁹ La primera reunión se realizó en el instituto anexo a la Iglesia de María Auxiliadora del barrio de Almagro, luego de la celebración de una misa, y se programó desde sus inicios bosquejar un programa de reglamento.

Del mismo modo que el taller y a diferencia del Apostolado, esta iniciativa estaba solamente destinada a mujeres y permitía a las madres incorporar de manera formal a sus hijas a la cooperación salesiana antes de la edad pautada. A diferencia de ambas, exhibe un gran avance en el grado de formalización, ya que su planificación e inicio tuvo como escenario un espacio enteramente institucional y se previó otorgarle un formato más pautado que el de otras subcomisiones en cuanto al componente reglamentario.⁶⁰ Además, conllevaría un contacto más directo con los asistidos y sus necesidades, así como con los demás actores del mundo salesiano y asistencial en general, y una diversificación de las actividades de las destinatarias a conformarla, ya que entroncarían con aquellas de tinte propagandístico y recaudatorio propias de las comisiones de las mayores.

CONSIDERACIONES FINALES

Las cooperadoras salesianas a las que aludimos, que ocupaban roles dirigentes en las comisiones de la Capital Federal, asumieron el compromiso de formar en la religión a sus descendientes siguiendo y reforzando los mandatos para quienes integraban su clase y su género. Pese a que ponían de relieve las tensiones que provocaba la articulación entre la maternidad y la beneficencia, se vislumbra que el lazo generado con los sacerdotes facilitó la generación de condiciones para la formación y socialización religiosa de sus hijos e hijas. Esto se verificó tanto en el seno familiar y hogareño como en los nuevos espacios de participación generados para ellos/as en el marco de la cooperación salesiana.

Eso último significaba una proyección de su papel materno de formadoras religiosas por fuera de los muros del hogar y del ámbito familiar, siguiendo las vías prefiguradas de antemano en la Pía Unión para mayores de 16 años



⁵⁹ Carta de Laura Esteves a Jorge Serié, Buenos Aires, 13 de diciembre de 1927, en ACS.

⁶⁰ Hasta el momento no hemos hallado documentación de ese tenor que las rigiera, independientemente de las normas generales para las comisiones centrales.

pero también excediendo los márgenes de acción delineados para incorporar a sus hijos e hijas menores a sus actividades de manera formal en la década de 1920. Si bien no era inusual en la época que madres e hijas participaran conjuntamente en asociaciones benéficas, estas cooperadoras se distinguieron por incorporarlas formalmente a edades tempranas y por incluir también a sus hijos, generando nuevos marcos específicos de inserción infantil y juvenil para integrantes de sus familias y sus redes sociales.

La implementación muestra que, pese a las insatisfacciones declaradas acerca de las dificultades para compatibilizar la maternidad y las funciones en la cooperación salesiana, con su puesta en marcha aumentó más aún la superposición entre lo doméstico y lo asistencial en lo que atañía a la dimensión religiosa de la crianza.

Este modelo de maternidad y acción social, en el que primaba discursivamente el sacrificio en bien de los desfavorecidos por el deber de cumplimiento de una obligación religiosa, pese a los malestares que pudiera generar la inversión de tiempo y esfuerzo durante largos años, no solo se fortalecía, sino que progresivamente era transmitido a sus descendientes por formar parte de su experiencia cotidiana.

Si bien la cooperación salesiana no era un ámbito feminizado, ya que había cooperadores activos y los religiosos jugaban un rol decisivo, sí se verificó desde principios del siglo xx una mayor implicación de mujeres en lo que incumbía a la acción social colectiva, ya que el número y la permanencia de las comisiones de mujeres fue superior en relación a las iniciativas grupales de varones. Esto se replicó en las creaciones de la década del veinte, ya que, si bien es innegable la impronta de las madres en el compromiso religioso tanto de mujeres como de varones católica/os, partiendo de propuestas para ambos sexos se desembocó en otras marcadamente femeninas. Formaban a sus hijas no solo como futuras madres católicas sino también como benefactoras, alentando su inscripción en el espacio público en actividades legitimadas socialmente.

Además de fortalecer la formación y socialización religiosa, eso operó como mecanismo reproductor de sus propios espacios de actuación colectiva, ya que se incorporaba a niñas y jóvenes que serían futuras cooperadoras y contribuirían a consolidar las comisiones femeninas, cuyo radio de acción excedía a la Capital Federal para proyectarse a los distintos puntos del país en los que los religiosos salesianos y las Hijas de María Auxiliadora se habían ido asentando desde fines del siglo xix. Todo ello contribuyó, entonces, a reforzar los lazos

entre las cooperadoras y los salesianos y a incrementar la presencia pública de niñas y jóvenes que continuaron un camino de construcción de las comisiones que se había iniciado en 1900 y seguiría luego de la década del veinte. El carácter de tercera orden de la Pía Unión, la predisposición de los religiosos que deseaban fidelizar a las élites y una Iglesia que claramente ya empezaba a activar una militancia femenina, infantil y juvenil que eclosionaría en los años treinta, resultaron factores propicios para que estas mujeres desplegaran iniciativas que renovaban no solo su papel de madres como formadoras religiosas sino también las formas de ejercicio del maternalismo social en una etapa de crecientes desafíos para el catolicismo social. Sin desafiar las estructuras de poder existentes, fueron capaces de aprovechar las posibilidades que se les ofrecían para ejercer la autoridad y el liderazgo derivadas de la unificación realizada entre mujer-madre y benefactora por la capacidad para engendrar y cuidar la vida humana.

Agradecimientos

Agradezco las valiosas sugerencias de los evaluadores anónimos.

ARCHIVO

Archivo Central Salesiano de Buenos Aires (ACS)

Cartas

Celia Lapalma de Emery (1906-1929)

Dolores Anchorena de Elortondo (1905, 1911)

Isabel Casares de Nevaes (1920-1929)

Enriqueta Alais de Vivot (1901-1919)

Mercedes Gómez Pombo de Lacroze (1921)

Ernestina Bullrich de Mosquera (1921)

Sara Moreno de Gowland (1922)

Laura Esteves (1927)

Nota de Jorge Serié y Laura Esteves, 1927

Archivo Salesiano Patagónico de Bahía Blanca (ASP)

Boletín Salesiano (1900-1930)

Cartas

- José M. Vespignani (1921)
Enriqueta Alais de Vivot (1913-1918)
Celia Lapalma de Emery (1917-1924)
Isabel Casares de Nevares (1921-1925)
Mercedes Gómez Pombo de Lacroze (1923)
Alberto Vivot (s.f.)
Felipe Rinaldi (1922)
Misiones Salesianas de la Patagonia, Informe, 1913.
Junta Cooperadora de Señoras. Misiones Salesianas de la Patagonia, Breve Informe, 1924.
Misiones Salesianas de la Patagonia, Breve Informe, 1927.
Misiones Salesianas de la Patagonia, Informe, 1929.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrom, Silvia Marina. *Voluntarios por una causa. Género, fe y caridad en México desde la Reforma hasta la Revolución*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2017.
- Barrancos, Dora. “Sentidos, sentimientos y sensibilidades (1880-1930)”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, año VI, núm. 15 (2014): 27-39, disponible en [<http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/331>].
- Blasco Herranz, Inmaculada. “Identidad en movimiento: la acción de las ‘católicas’ en España (1856-1913)”. *Historia y Política*, núm. 37 (2017): 27-56, doi: [<https://doi.org/10.18042/hp.37.02>].
- Bontempo, Paula. “Los niños de *Billiken*. Las infancias en Buenos Aires en las primeras décadas de siglo xx”. *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año XII, núm. 12 (2012): 205-221, doi: [<https://doi.org/10.52885/2683-9164.v0.n12.22710>].
- Bracamonte, Lucía. “Celia Lapalma de Emery: experiencia en la cooperación salesiana. Argentina, 1906-1929”. *Estudios Feministas*, vol. XXIX, núm. 2 (2021): 1-15, doi: [<https://doi.org/10.1590/1806-9584-2021v29n268060>].
- Bracamonte, Lucía. “Cooperación salesiana en el sur bonaerense y la Patagonia: la perspectiva de Isabel Casares de Nevares en la década de 1920”. *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año XX, núm. 20

- (2020): 51-79, doi: [<https://doi.org/10.52885/2683-9164.v1.n20.29328>].
- Bracamonte, Lucía. “La organización normativa de la Comisión Central de Señoras Cooperadoras Salesianas: género y sociabilidad. Argentina, 1900-1926”. *Historia Questões & Debates*, vol. LXV, núm. 1 (2017): 145—173, doi: [<http://dx.doi.org/10.5380/his.v65i1.53893>].
- Calandria, Sol. “Maternidades en cuestión: modelos idílicos y prácticas de las madres en Argentina 1892-1936”. *Trabajos y Comunicaciones*, núm. 41 (2015): 1-14, disponible en [<https://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/article/view/TyC2015n41a07>].
- Di Corleto, Julieta. “Maternidad y justicia penal. Prácticas de abandono, aborto e infanticidio en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX-principios del siglo XX)”. En *Intervenciones feministas para la igualdad y la justicia*, compilación de Diana Maffia, Patricia Gómez, Aluminé Moreno y Celeste Moretti, 251-278. Buenos Aires: Jusbaire, 2020.
- Di Stefano, Roberto y Loris Zanatta. *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo/Mondadori, 2000.
- Eraso, Yolanda (comp.). *Mujeres y asistencia social en Latinoamérica, siglos XIX y XX. Argentina, Colombia, México, Perú y Uruguay*. Córdoba: Alción Editora, 2009.
- Folquer, Cynthia. “Política y religiosidad en las mujeres de Tucumán (Argentina) a fines del siglo XIX”. En *La articulación del Estado en América Latina. La construcción social, económica, política y simbólica de la Nación, siglos XIX-XX*, edición de Pilar García Jordán, 77-106. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2013.
- Guy, Donna J. *Las mujeres y la construcción del Estado de Bienestar. Caridad y creación de derechos en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo, 2011.
- Landaburu, Alejandra. *Niñez, juventud y educación. El proyecto salesiano en Tucumán. 1916-1931*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2012.
- Lida, Miranda. *Historia del catolicismo en la Argentina: entre el siglo XIX y el XX*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2015.
- Lida, Miranda. “Dios no creó a la mujer para bibelot. Revistas católicas femeninas de la década de 1920: el caso de Noel”. En *Estudios de historia religiosa argentina (siglos XIX y XX)*, edición de Ana María T. Rodríguez, 147-170. Rosario: Prohistoria, 2013.
- Lida, Miranda. “Los terratenientes pampeanos y la Iglesia católica, 1880-1920”. *Cuadernos del Sur. Historia*, núm. 34 (2005): 125-149.
- Lionetti, Lucía, Isabella Cosse y María Carolina Zapiola (comps.). *La historia de las infancias en América Latina*. Tandil: Instituto de Geografía, Historia y

- Ciencias Sociales-Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2018.
- Losada, Leandro. “La educación de la clase alta argentina. Vida doméstica e instituciones”. En *Formación de las élites. Investigaciones y debates en Argentina, Brasil y Francia*, compilación de Sandra Ziegler y Victoria Gessaghi, 27-44. Buenos Aires: Manantial, 2012.
- Mallimaci, Fortunato. *El mito de la Argentina laica. Catolicismo, política y Estado*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2015.
- Mauro, Diego. “La ‘mujer católica’ y la sociedad de masas en la Argentina de entreguerras. Catolicismo social, consumo e industria cultural en la ciudad de Rosario (1915-1940)”. *Hispania Sacra*, vol. LXVI, núm. 133 (2014): 235-262, doi: [https://doi.org/10.3989/hs.2013.052].
- Mínguez Blasco, Raúl. “¿Dios cambió de sexo? El debate internacional sobre la feminización de la religión y algunas reflexiones para la España decimonónica”. *Historia Contemporánea*, núm. 51 (2015): 397-426, doi: [https://doi.org/10.1387/hc.14714].
- Moretti, Nicolás D. *Buenos cristianos y honrados ciudadanos. La obra salesiana y la cuestión social. Córdoba, 1905-1930*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”, 2014.
- Murillo, Soledad. *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI Editores, 2006.
- Nicoletti, María Andrea. *Patagonia: misiones, poder y territorio (1879-1930)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2020.
- Parackal, Roy Anthony. *Visión de las misiones salesianas: 1923-1927*. Madrid: Misiones Salesianas, 2011.
- Paz Trueba, Yolanda de. *Mujeres y esfera pública. La campaña bonaerense entre 1880 y 1910*. Rosario: Prohistoria, 2010.
- Suriano, Juan (comp.). *La cuestión social en Argentina 1870- 1943*. Buenos Aires: La Colmena, 2000.
- Tossounian, Cecilia. “Las asociaciones femeninas y la emergencia de un Estado social: la protección a la maternidad y a la infancia (Buenos Aires 1920-1940)”. *Estudios Sociales del Estado*, vol. II, núm. 1 (2015): 58-93, doi: [https://doi.org/10.35305/ese.v1i2.56].
- Zaidenwerg, Cielo. *Amar la patria. Las escuelas del territorio rionegrino y la obra argentinizadora en el Sur*. Rosario: Prohistoria, 2016.

Zimmermann, Eduardo A. *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*. Buenos Aires: Universidad de San Andrés/Editorial Sudamericana, 1995.

LUCÍA BRACAMONTE: Es doctora en historia. Se desempeña como investigadora adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Centro de Estudios Regionales “Prof. Félix Weinberg” de la Universidad Nacional del Sur. Área de investigación: historia de las mujeres en la Argentina entre 1880 y 1930. Publicaciones recientes: “Aportes de la Comisión Central de Señoras Cooperadoras Salesianas Argentinas al financiamiento del proyecto salesiano (Buenos Aires, 1900-1929)”. *Historia y Espacio*, vol. xvi, núm. 55 (2020): 49-72; “Cooperación salesiana en el sur bonaerense y la Patagonia: la perspectiva de Isabel Casares de Nevares en la década de 1920”. *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti*, vol. xx, núm. 1 (2020): 51-79, y Celia Lapalma de Emery: experiencia en la cooperación salesiana. Argentina, 1906-1929”. *Estudios Feministas*, vol. xxix, núm. 2 (2021): 1-15.

D. R. © Lucía Bracamonte, Ciudad de México, julio-diciembre, 2023.